

ciudades ó llevándonos cautivos. Lo repetimos: para no dejarnos en tan desconsoladora duda, bueno seria saber lo que S. M. I. entiende por hacerse justicia por sí mismo.

Natural era, supuesto el plan adoptado, que no agradase la conducta observada por los comisarios. Al hablarse de ella se censura acremente la del general Prim, suponiéndole ideas contrarias á las de su gobierno; acusándole de que creia en la vitalidad del de Juarez, afirmando que creia tambien en la habilidad de sus ministros, con muchos de los cuales tenia amistad, así como numerosas relaciones en el país; sosteniendo que estaba poco resentido por los agravios que habian sufrido sus nacionales. Atribúyese á estos móviles que resultara en la actitud de la expedicion combinada, una especie de benevolencia y dulzura: repruébase que se tratara con el gobierno con cuya caída se contaba: insístese de nuevo en aglomerar cargos contra las administraciones todas de este país. A haber podido los negociadores franceses evitar lo que pasaba, lo hubieran hecho: no pudiendo, *humillaron su cabeza*.

El resentimiento causado por el hidalgo comportamiento del conde de Reus, hace denostarle á los que son incapaces de imitarlo. Su política estaba de acuerdo en lo sustancial con la de su gobierno, como lo acredita la aprobacion de sus actos. Si creyó en la vitalidad del gobierno de Juarez, no le faltó razon ciertamente: *eppur si muove*, Mr. Billault! La habilidad de nuestros ministros la han comprobado los hechos. La amistad con muchos de ellos, ántes de venir á México Prim, sus numerosas relaciones en el país, son falsedades notorias. Su indiferencia para con sus nacionales es un insulto gratuito.

Las declaraciones hechas en la célebre conferencia de Orizava del 9 de Abril, han puesto en evidencia que las tro-

pas aliadas no hubieran podido emprender un movimiento ofensivo recién llegadas, por falta de medios de transporte. Obligatorio era para el gobierno imperial, ya que se proponia que entraran sus fuerzas á sangre y fuego, haberlas provisto de todo lo necesario para que no sufrieran retardo en su marcha. No habiéndolo hecho así, léjos de inculpar al ilustre caudillo español, debia darle las gracias por haber salvado á los soldados franceses de la terrible disyuntiva, de atacar sin los elementos indispensables posiciones fuertes, que habrian sido vigorosamente defendidas, ó de sucumbir bajo la influencia del clima mortífero de nuestras costas.

Repetir hasta la saciedad las acusaciones contra nuestros gobiernos, no es darles mayor valor: las falsedades no cambian de carácter por convertirlas en estribillo. Por otra parte, cuando esas acusaciones son vagas, ni producen efecto, y solo prueban en quien las hace una insigne mala fé. Para que tengan valor, se requiere que se funden en hechos determinados. Cítense estos, y nos darémos por vencidos; pero no ántes, no de otra manera.

El ministro sin cartera califica de peligrosa la demora, por haber dado tiempo á Juarez para sofocar en las poblaciones oprimidas el ardiente deseo de libertarse de su tiranía, lo cual hizo cerrando el puerto de Veracruz á todo comercio de altura y cabotaje, declarando traidores á la patria y ofreciendo castigar como tales á cuantos se unieran á los invasores, ó les proporcionaran recursos, y prorogando el plazo para la amnistía, sin perjuicio de no concederla sino á los que conviniera al gobierno.

Aun cuando los comisarios aliados no hubieran entrado en pláticas con nuestro gobierno, habria éste podido tomar y habria tomado, las medidas que se critican. Para su adopcion, de nada nos aprovechó la demora en el rompimiento



de las hostilidades. La aseveracion de que han sido actos de tiranía, es tan arbitraria como injuriosa. Cerrar al comercio un puerto ocupado por el enemigo, es cosa tan natural, que su omision seria incomprendible. Declarar traidores y castigar como tales á los que se unieran al invasor, es práctica muy justa, seguida sin excepcion en todos los países del mundo. Lo de la amnistía es un chiste del ministro imperial, que provocó la risa de su auditorio pagado. Mintió, sin embargo, en esto como en tantas otras cosas. Con la historia en la mano se le probará á la hora que le plazca, que la amnistía, tan amplia que casi no contenia excepcion, ha sido concedida á cuantos la han solicitado, sin quebrantarla con ninguno.

Luego que el gobierno frances tuvo conocimiento de lo ocurrido en México, lo reprobó. Puso al tanto de los motivos de su reprobacion al gobierno español, el cual opinó de conformidad, conviniendo en que era urgente obrar con prontitud y energía, lamentando la pérdida de un tiempo precioso, y la facilidad proporcionada al gobierno mexicano de organizar sus medios de defensa, y considerando absurdo que se le tratara como legítimo, y se retardara su reemplazo por otro que diera garantías para el porvenir.

Discutido el punto con la Inglaterra, el conde Russell opinó que habria valido mas obrar con mayor energía y actividad. No se separó, sin embargo, de la reserva y circunspeccion con que se ha conducido en el asunto, desde que el gobierno inglés declaró que no acompañaria á sus aliados en su expedicion al interior.

Miéntas cruzaban el Océano las instrucciones especiales que se enviaban á los comisarios para que obraran mas rápida y enérgicamente, seguia tomando nuestro presidente, á juicio del orador, con la energía de una tiranía que no co-

noce ningun género de obstáculos, medidas cada vez mas violentas contra todos los que podian ser autores ó auxiliares de una manifestacion nacional. Entra aquí un largo comentario sobre la ley de 25 de Enero, que se califica de uno de los monumentos mas odiosos de la mas sanguinaria política, afirmándose que se erigen en crímenes contra la independencia y la seguridad de la nacion, cuantos hechos puedan cooperar á la manifestacion del sentimiento público contra un gobierno execrable y detestado.

La acritud del lenguaje empleado para denigrar á nuestro gobierno, sirve solamente para acreditar al que lo usa de declamador. ¿Qué pena impondria el acusador, qué pena impondria la Francia, qué pena se ha impuesto, se impone y se ha de imponer en el mundo entero, á los que cometen el horrible delito de traicion? La de muerte: esa, siempre esa, aquí y en todas partes. Sostener que así se comprimen las manifestaciones de la opinion pública, es pretender que se dejara sin castigo á los traidores. La opinion pública se ha expresado en la cuestion con una claridad, con una uniformidad, que solo pueden ser dudosas para el que voluntariamente cierre los ojos á la luz. Las poblaciones oprimidas callarian si esa publicidad de sus sentimientos pudiera ocasionarles perjuicios; pero nada las obligaba á hablar, nada las forzaba á emitir protestas de odio y repugnancia á la intervencion extranjera. De consiguiente, si con una profusion asombrosa se repiten manifestaciones tan explícitas, ó no hay verdades en el mundo, ó lo es la de que la voluntad nacional está firmemente decidida por el actual orden de cosas, no ménos que por el gobierno que lo representa. Por mucho que Mr. Billault se devane los sesos para atribuir tan satisfactorio resultado á la violencia, á la opresion, á la tiranía; sus declamaciones se estrellarán en el buen sentido de los que sepan lo que pasa en México.



Llega su turno de ser examinados á los preliminares de la Soledad, que son objeto de varias recriminaciones. Acúsase á los comisarios, y con especialidad al general Prim, de haber recurrido al gobierno con el que no habia mas remedio que emplear que el de la fuerza; de haber aplazado hasta el 15 de Abril, cuando se estaba en Febrero, la apertura de las conferencias; de haber estipulado que si no daban resultado las negociaciones, se retirarian las fuerzas aliadas á la zona del vómito, dejando los hospitales y los enfermos confiados á la buena fé de los enemigos; de haber consentido en que el pabellon de Juarez fuera enarbolado de nuevo en Veracruz y en Ulúa, y flotara al lado de los gloriosos colores de la Francia, de la Inglaterra y de la España. La referencia á esta última concesion exitó la bñlis de Granier de Cassagnac, diputado y escritor vendido al poder, que la calificó de increíble. Y Billault, no contento con su denigrativo análisis, siguió haciendo las calificaciones mas deshonorosas de los susodichos preliminares, conforme á su sistema oratorio de reproducir á cada paso sus asertos, por medio de variaciones sobre el mismo tono.

El reconocimiento del gobierno existente era una condicion indispensable para escapar del vómito, que no espera el mes de Abril para cebarse en sus víctimas, estando probado por una constante experiencia, inclusa la que ha tenido el ejército aliado, que la aglomeracion de gente, y en particular de soldados, produce en todo tiempo fuertes estragos. Por lo mismo, de no tratar con la autoridad establecida en el país, no habia mas arbitrio que emprender sin demora el ataque de los puntos defendidos por el ejército mexicano, y ya hemos tenido ocasion de observar que no se cuidó de que los invasores hubieran venido provistos de los correspondientes medios de trasporte.

Los dos meses de plazo fijados para abrir las negociaciones, apenas eran bastantes para recibir de Europa las nuevas instrucciones exigidas por el cambio de situacion. Ningun interes tenia el gobierno mexicano en que las conferencias empezaran ántes ó despues: le hubiera sido indiferente entrar desde luego en materia, en razon de que estaba firmemente resuelto á hacer todas las concesiones compatibles con la dignidad nacional, y el tiempo no podia alterar esa determinacion.

Habria tenido que ver que no se hubiera estipulado la vuelta de los aliados á su punto de partida, en el evento de no dar resultado las pláticas de paz. En imbecilidad habria rayado hacer al enemigo dueño de nuestras ciudades, despues de permitirle el paso amistoso de nuestros puntos fortificados, para que allí se quedase por nuestra propia voluntad, aun cuando hubiera que romper las hostilidades. Ignoramos, no obstante, por qué escuece tanto esta cláusula á Mr. Billault, supuesto que no fué cumplida, á pesar de ir de por medio en su observancia nada ménos que el honor de los signatarios del convenio de la Soledad. Sabido es de todos que las tropas francesas, en vez de retirarse hasta Paso Ancho, como estaban obligadas á hacerlo, se apoderaron de Orizava bajo frívolos pretextos.

La plena seguridad en que quedaban los hospitales y enfermos, confiados á la buena fé de los mexicanos, la han atestiguado los acontecimientos. Prisioneros de guerra, heridos recogidos en el campo de batalla, han sido tratados con el esmero que recomienda la humanidad, con las consideraciones que deben guardarse en la guerra hecha entre naciones civilizadas. Esos mismos prisioneros han sido luego mandados á su campo sin condicion alguna. Las gracias dadas en comunicacion oficial, por los franceses vecinos de



Puebla, y una carta dirigida por el conde Lorencez al general Zaragoza, así lo prueban: el gobierno frances no desechará esos datos.

Nuestro pabellon es digno de figurar al lado de cualquier otro, por mas que esto parezca increíble á Mr. Granier de Cassagnac. Ninguna mancha lo cubre; de ninguna infamia tiene que avergonzarse el gobierno que lo empuña.

El emperador reprobó los preliminares de la Soledad, desmintiendo en el *Moniteur* que hubiera pedido la remocion del general Prim, á fin de dejar á los otros gobiernos que fueran jueces, como mejor les conviniera, de su dignidad y de sus intereses.

Segun informes del embajador frances en Madrid, el gobierno de la reina Isabel censuró tambien el arreglo de la Soledad. Pero esto no era enteramente exacto, visto que en las nuevas instrucciones al plenipotenciario español, se le recomendaba que obrara con la mayor prontitud y energía, abandonando todo sistema de contempORIZACION, *si el resultado de las conferencias no era completamente satisfactorio*. No puede ser mas claro que se aprobaba la apertura de las conferencias, cuyo resultado no era dable saber sin tenerlas. He aquí, pues, completamente marcada ya la diferencia de política entre la Francia y la España. Una reprueba los preliminares, sin consentir que surtan efecto: otra reserva su accion para el caso de que el éxito no corresponda á sus esperanzas.

El sentido, bien claro sin duda, de las instrucciones dadas por Calderon Collantes, fué corroborado por el general O'Donell, el cual convino en que se habian cometido faltas, agregando que era preciso pensar en repararlas, en vez de exagerar su importancia, y proponiendo estar á la expectativa de lo que hiciera en México el partido conservador, del

cual no habia visto ni un solo acto, á pesar de todas las aserciones de Almonte. En caso de que ese partido formara un gobierno estable y de garantías, ofreció apoyarlo con toda la autoridad moral de la España. El embajador frances quedó medio amostazado con estas explicaciones.

Nosotros no tenemos que observar en esta parte, sino que si las potencias europeas esperan que los reaccionarios establezcan en México un gobierno como el que indicaba O'Donell, bien pueden esperar hasta la consumacion de los siglos.

Asombra despues de las categóricas manifestaciones del gabinete de Madrid, que Mr. Billault tenga el descaro de sostener que la convencion de la Soledad fué oficialmente desaprobada en comunicacion dirigida al general Prim en 22 de Marzo de 1862. Esa nota, que contenia efectivamente varios reproches, dulcificados con el suave lenguaje en que se hacian, no encerraba la reprobacion que se supone. El gobierno español no estaba conforme con lo hecho; pero tampoco lo desbarataba.

En cuanto á la Francia, á mas de reforzar su ejército con tres mil hombres, y de ponerlo á las órdenes de Lorencez, confió exclusivamente la direccion diplomática á Saligny, á quien se repitió que no se queria mas que la reparacion de los agravios recibidos, y un gobierno que diera garantías para el porvenir, sin tratar de imponer la forma ni el personal de ese gobierno.

Como se ve, el gabinete imperial gira en un eterno círculo vicioso. Muchas protestas de respetar la libertad del país, al mismo tiempo que se comienza por prohibirle que subsista la administracion que espontáneamente se ha dado. La subsistencia de esta se atribuye á la tiranía que despliega para sofocar las manifestaciones de la mayoría oprimida, y á la vez se proclama que será la verdadera expresion del voto nacional la que nazca del ayoyo de una fuerza extranjera.



El difuso orador que tenemos que seguir paso á paso, renueva contra el gobierno mexicano la acusacion de haber continuado obrando violentamente miéntras llegaba el término señalado para la apertura de las conferencias. Inculpalo de haber aprisionado, pillado, extorsionado franceses, de haberles impuesto contribuciones de guerra para hacerla á la Francia, y cuando estaba en negociaciones con ella. "Tengo las manos llenas de quejas—decía el orador;—llenas de reclamaciones de toda clase." Apoyó, además, su aseveracion con el testimonio de una persona que llamó honrada y perfectamente verídica, la cual comunicó que se perseguía con encarnizamiento á los extranjeros, especialmente á los franceses y á los españoles; y pronunció luego estas palabras, que por su importancia debemos reproducir textualmente: "El bondadoso ministro de una nacion extranjera, "que prestaba temporalmente en México el apoyo, bien im- "potente, de su autoridad, á nuestros nacionales, nos escri- "bia detalles semejantes; nos señalaba todas las miserias, to- "das las arbitrariedades, todos los insultos de que eran víc- "timas nuestros conciudadanos."

Inculpaciones tan graves carecen de fundamento: se formulan, como las anteriores, con estudiada vaguedad, cuando debian referirse á hechos marcados. Precisamente nos cabe la honra singularísima de haber guardado increíbles consideraciones á los franceses residentes en la República, no solamente cuando estaban pendientes las negociaciones, sino despues de rotas las hostilidades. Inconcebible se hace á los que han observado tan meritoria conducta, que existan quejas y reclamaciones de violencias imaginarias. O Billault ha supuesto lo que no existe, ó los quejosos son gentecilla menguada que así paga la deuda de gratitud que nos debe.

La persona misteriosa que corroboró las acusaciones, será

todo lo que se quiera, ménos honrada y verídica. La encarnizada persecucion contra franceses y españoles, es una mentira de á folio.

La alusion "al bondadoso ministro extranjero," que tambien nos pone de oro y azul, es de tal manera trasparente, que nadie puede equivocarla. Se trata de Mr. Wagner, el representante de la Prusia. Corresponde al buen nombre de ese diplomático, desmentir al que lo ha puesto á discusion. Miéntras no lo haga, todo mexicano está en su derecho para hablar de tan falsos informes con la indignacion que merecen.

¡Infeliz sino el de México! La principal causa de sus complicaciones internacionales, ha sido la poca acertada eleccion de los plenipotenciarios que los gobiernos europeos han enviado á este país á representarlos. ¡Qué serie de cuadros para una curiosa galería! Deffaudis, Sorela, Gabriac, Pacheco, Saligny, Wagner: no hay en verdad mas que pedir.

Para que el mundo entero califique sus asertos, el ministro prusiano está obligado á señalar las miserias, las arbitrariedades, los insultos de que han sido víctimas los franceses. Pruebas, pruebas pedimos, á voz en cuello, á cuantos nos infaman.

Llama fuertemente la atencion, que miéntras nunca precisa Billault los cargos que hace, tratándose de extranjeros, sí suele determinarlos respecto de mexicanos. Verificalo así, espantándose de que se amenazará de muerte á los que han aceptado empleos y comisiones del invasor. Decididamente el ministro sin cartera no tiene idea de cuán horrible es el crimen de traicion, de cuán severo es el castigo que le corresponde.

El general Prim, blanco de la ojeriza, ya clara, ya encubierta, de Napoleon y sus satélites, vuelve á figurar en la es-



cena, para reportar el cargo de inconsecuencia. Para fundarlo, se traen á colacion tres cartas suyas, escritas el 20, el 21 y el 23 del último Marzo. En las dos primeras, se manifiesta dispuesto á romper con el gobierno mexicano, por el cobro hecho á los españoles de la contribucion del 2½ por ciento sobre capitales; por la imposicion de un préstamo forzoso á tres casas tambien españolas; y por la amenaza de cerrar la comunicacion comercial de Veracruz con el interior del país, en el caso de no ser devuelta la aduana. En la tercera, anunciaba que iba á comenzar desde aquel mismo dia sus preparativos para embarcar sus tropas, para lo que solo esperaba la última conferencia. La presencia de Almonte en los lugares ocupados por las tropas de la Francia, fué la razon oficial que se dió de semejante cambio.

El hidalgo comportamiento del marqués de los Castillejos, se acrisola con el conocimiento de estos antecedentes, con los que se ha querido ponerlo en contradiccion consigo mismo. Surgen entre el caudillo español y el gobierno mexicano diferencias procedentes de ciertas medidas del segundo, y el primero manifiesta su disgusto en términos fuertes. A poco cesan los principales motivos de la desavenencia: nuestro gobierno consiente en no cobrar á los extrangeros la contribucion sobre capitales, y en no exigir á las casas españolas la cuota que les habia señalado. Satisfechas así las reclamaciones del general Prim, natural y lógico era que no insistiese en un rompimiento que no tenia ya explicacion. El último punto de desacuerdo estaba discutiéndose cuando ocurrieron los sucesos relativos á la indebida proteccion otorgada á Almonte por los plenipotenciarios franceses.

Esa proteccion era contraria á lo estipulado en el convenio de Lóndres, á la política que habian prometido observar las tres potencias aliadas. Los lugares ocupados por las

tropas francesas, no lo habian sido por el derecho de la guerra, sino por una concesion del gobierno mexicano. Continuaban formando parte del territorio que le obedecia, y los comisarios del emperador cometian un atentado, al abrigar allí bajo su bandera á un hombre puesto fuera de la ley. Huéspedes en casa ajena, la violaban sin justicia con la admission de un enemigo del dueño, enemigo al que le estaba prohibida la entrada. Estos principios claros, intergiversables, fijaban la calificacion de la conducta observada. Existia una flagrante infraccion del tratado de Lóndres, roto el cual, quedaba forzosamente disuelta la alianza que lo habia reconocido por origen. La inconsecuencia no estaba por lo mismo de parte del conde de Reus: estaba sí de la de Saligny y la Gravière.

Ya el almirante, en su correspondencia con el comisionado español, habia indicado con repeticion la idea de romper los preliminares de la Soledad. Reprochaba á su corresponsal haber abierto nuevas negociaciones diplomáticas: enunciaba como motivo suficiente para interrumpirlas los supuestos atentados de Juarez: proponia que se pidiera al gobierno mexicano que retirara sus edictos de muerte, y que dejara expresar su opinion á sus amigos y á sus adversarios: ofrecia respetar la voluntad del pueblo, aun cuando votara por la república con el mismo Juarez; y exigia cuando ménos una amnistía.

Apareciendo la firma de Jurien en los preliminares de la Soledad, se vuelve contra el mismo el cargo de haber abierto nuevas negociaciones. Si se sometió á la influencia preponderante de Prim, no por eso quedaba dispensado de respetar sus propios actos. Y si consideraba el paso incompatible con la política de su gobierno, debió entónces oponer una resistencia invencible, en vez de aceptarlo, para que le sirviera despues de texto de recriminaciones.



Pretension original era la de la derogacion de las leyes expedidas contra los traidores. Punto es este que hemos tenido necesidad de tocar varias veces, por la asombrosa tenacidad con que se reproduce. Hemos dado ya, y no creemos necesario reproducirlas, las razones incontestables que se oponen á tan peregrina idea. Poco ha faltado á sus propagadores, para pretender que se ofrecieran premios á los que recibieran con los brazos abiertos á los invasores.

No ménos absurdo es el otro pensamiento de que el actual gobierno ponga á discusion su legitimidad, de la cual está satisfecho, sobre lo que se ha expresado terminantemente el voto del pueblo, solo por quererlo así una potencia extranjera, que niega, sin embargo, su pretension de intervenirnos. Si mañana un ejército ruso ó austriaco, invadiera la Francia, ¿consentiria Luis Napoleon en abdicar el poder, miéntras se informaba el extranjero si la opinion nacional estaba por el duque de Burdeos, por el conde de Paris, ó por el sistema republicano? Seguros estamos de que ninguna autoridad constituida pasaria por la humillacion de sujetar á potencias extrañas, los títulos en virtud de los cuales ejerce el poder.

Pero si el gobierno de Juarez no ha pasado por tan ridícula demanda, el resultado práctico ha venido á llenar los deseos del almirante. Amigos y adversarios de aquel, han expresado ya su opinion: unos, proclamando á Almonte y uniéndose al invasor, ó bien con un silencio harto significativo: otros, protestando contra la invasion, reconociendo como el único legítimo, como el único que han de acatar, el Gobierno constitucional establecido. Basta contar á los unos y á los otros, para conocer de qué lado está la inmensa mayoría del país. En la expresion de esos votos no ha cabido opresion, por no ser admisible otra que la física, la cual no

ha existido, puesto que toda su fuerza armada la ha empleado el gobierno en contener al enemigo extranjero, ó en perseguir gavillas de bandidos. La opresion moral, nacida de los edictos de muerte, habria sido impotente para sofocar la voluntad nacional. No es con un pedazo de papel, con lo que una autoridad desprestigiada é impotente logra conservarse en un puesto usurpado. El ejemplo lo tenemos en Almonte, en Zuloaga, en Márquez, que han dado y dán la muerte á los que no los siguen, y no por eso hay una sola poblacion, libre de fuerza extranjera, que haga protestas á su favor.

La elocuencia de los hechos ha revelado con una claridad que no puede negarse de buena fé, la decision del país por la constitucion y leyes de reforma que actualmente la rigen, y por el gobierno existente. No falta pues, otra cosa, sino que se cumpla la promesa de respetar la voluntad del pueblo mexicano.

En lo que concierne á la amnistía, ó se pedia para delitos anteriores, y entónces ya estaba dada; ó se solicitaba para los futuros, lo cual, á mas de absurdo, envolvia la dificultad de concederla para el inperdonable crimen de traicion á la patria.

“No ha sido por mi voluntad,—escribia la Gravière á Prim,—por lo que los emigrados mexicanos han partido de Veracruz, escoltados por el batallon de cazadores á pié.” Explique quien pueda, cómo en el disciplinado ejército frances, se dispone de las tropas para actos de inmensa trascendencia política, sin anuencia del general en jefe. En las preñadas palabras del almirante, nos parece entrever la indicacion de que paso tan injustificable habia sido obra de Saligny. Poco impota aclararlo. Autorizado ó no previamente, el hecho fué aprobado por los dos comisarios franceses: igual



es su responsabilidad en uno ó en otro caso. La presencia de Almonte y demas emigrados en el territorio hospitalario, sujeto al gobierno establecido en el país, infringia la convencion de Lóndres: lo demas es secundario.

Apoyando el ministro Billault las ideas emitidas por la Gravière, insinuaba maliciosamente que no era un hecho nuevo en los recientes fastos políticos de la Francia, el de pueblos convocados para expresar su voluntad sobre la eleccion de un gobierno, y que habian visto comenzar la era de su libertad al abrigo de un pabellon que no llamarán extranjero, aun cuando sea el pabellon de la Francia. Partiendo de tal antecedente, llamó obra liberal, y no de opresion, la que se trataba de ejecutar en México, y hechó en cara á Julio Favre que lo que le parecia bueno mas allá de los Alpes, no le pareciera tambien bueno mas acá de los mares.

La alusion de esta parte del discurso, que tanto abunda en alusiones á la vez que es tan parco en hechos, se refiere á los sucesos de Italia. ¡Bonita comparacion, propia solo para alucinar á los que no estudian la historia! Para contener la ambicion insaciable del Austria, que queria subyugar el único Estado de Italia no sometido á su dominio directo ó á su imperio moral, la Francia presentó el formidable apoyo de su espada al rey *galant'uomo*, que jugaba su cetro por la independencian de la Península y el engrandecimiento de su casa. Se compara, pues, el auxilio dado á una parte del pueblo italiano para que libertase á la otra de una ominosa dominacion extranjera, con la intervencion en los negocios domésticos de un país en el pleno ejercicio de su soberanía. Cuando dos potencias recurren á las armas para decidir sus diferencias, nada tiene de extraño que una tercera se ponga al lado de alguna de aquellas, tomando en la guerra una parte activa. ¿Qué punto de semejanza hay entre ese caso y

el de un invasor, que debia limitarse á lo sumo á la reparacion de determinados agravios, y que se ingiere á poner al país en tutela, para explorar su voluntad?

Sobre la libertad de los votos que emiten los pueblos, al abrigo como dice Mr. Billault, ó bajo la presion, como decimos nosotros, de un pabellon extranjero, hay elocuentes ejemplos en la historia de la Francia y de la familia imperial. El príncipe Gerónimo subió así al trono de Westfalia, del que fué arrojado en cuanto cesó el imperio de la fuerza. Así tambien se llamó rey de España y de las Indias José Napoleon, y á pesar de que como hombre y como monarca era muy superior á Fernando VII, los españoles sostuvieron una lucha de una heroicidad eternamente envidiable, por sostener al soberano de su eleccion contra el nombrado por la junta de Bayona con arreglo á las instrucciones del emperador. Así, en fin, levantaron los Borbones en Paris su derribado trono sobre las puntas de las bayonetas extranjeras, y jamas olvidaron los franceses el origen expúrio de la restauracion.

Nosotros, (y creemos que con nosotros Julio Favre) que no tenemos dos balanzas, que juzgamos con el mismo criterio lo que pasa mas allá de los Alpes y mas acá de los mares, opinamos que ni en México, ni en Italia, ni en ninguna parte del mundo, tiene derecho la Francia ó cualquiera otra potencia, de intervenir en sus asuntos interiores, de derrocar los gobiernos establecidos, de convocar al pueblo para que declare ante el invasor la forma y las personas que prefiere. Opinamos ademas que cuando el país invadido ha manifestado ya, de una manera bien clara, que repugna la intervencion, que está conforme con el orden de cosas existente, es un atentado escandaloso continuar la exploracion buscando que dé el resultado preciso que se desea.



Al llegar á la conferencia de 9 de Abril, se queja el orador de que Favre citara con suma complacencia la parte del protocolo que contiene las opiniones del general Prim y á Sir Charles Wyke, sin tomar una sola de las frases de los dos plenipotenciarios franceses, cuyas razones y aserciones califica de mas dignas de crédito, que las de los agentes extranjeros que se separaban en aquel momento de conflicto entre dos opiniones contrarias.

Cuando se discute de buena fé, nada importa quien dice las cosas: á su sustancia hay que atender, no á accidentes insignificantes. La razon no deja de ser razon, por salir de una boca española, inglesa ó mexicana: los absurdos no dejan de ser absurdos, por proferirlos bocas francesas. Por lo mismo que se trata de un conflicto entre dos opiniones contrarias, al decidirse por un extremo, hay apremiante necesidad de adoptar como buenos los fundamentos que lo apoyan. Julio Favre se convenció de que la política leal, consecuen- te, caballerosa, conveniente á la vez á la Francia y á Méxi- co, era lo que aconsejaban los plenipotenciarios inglés y español. Desde el momento en que penetró en su ánimo esa conviccion, el resultado natural era que combatiera los actos de los comisarios franceses, con los que no podia ya estar conforme.

Que Mr. Billault, que el cuerpo legislativo frances, pre- fieran creer á sus propios agentes, lo comprendemos muy bien. Que deban creerlos de preferencia, por solo ser suyos, nos parece ya opinion descarriada. Para nosotros la cuestion no es de creencias, sino de realidades. Sabemos de ciencia cierta, que las aserciones de los comisarios del emperador son falsas. Nos consta tambien que son inadmisibles sus razones.

El verdadero motivo de la separacion de los plenipoten-

ciarios, se atribuye con acierto á la diferencia de políticas. En lo que no hay cordura, es en alegar que Prim y Vyke desde los primeros dias habian reconocido y aceptado á Jua- rez, y querido tratar con él, olvidando esas vejaciones de nuestros gobiernos, de las que hace el discurso su vigésima edicion.

Decimos que no hay cordura en ese ataque, por haber obrado Saligny y la Gravière de conformidad con Wyke y con Prim. Sus opiniones serian contrarias, sus hechos no lo eran. Y como la responsabilidad moral y oficial nace de los hechos y no de las opiniones, idéntica era la posicion de todos los plenipotenciarios.

Habia, pues, para los franceses indeclinable necesidad de justificar la ruptura de los preliminares, y el almirante, á quien se tributan elogios desmentidos que no merece su conducta en México, se propuso salir del paso con el *ritornello* de costumbre. Declaró que en ningun país del mundo habia visto jamas inaugurado un sistema de terror igual al que pesaba sobre la poblacion de México. Agregó que aquí dominaba la opresion mas odiosa, que el padre era arranca- do del lado de sus hijos, el hijo del seno de sus madres; que los propietarios eran despojados arbitrariamente bajo los pre- textos mas fútiles, y sofocada la manifestacion mas tímida de la opinion pública.

Aquí la mentira raya en hidrofobia. No se puede leer sin indignacion ese trozo, en que la calumnia se eleva á su ma- yor altura. Regocijaos, filibusteros, caníbales, antropófagos, los mexicanos os superamos en ferocidad. La Francia se queda corta con querer intervenirnos, cuando le era obliga- torio aniquilarnos para honra de la humanidad.

Esas calumnias eran las que Billault queria que Favre tomara en consideracion. No es extraño que los que les den